

ANNE HOLT

Noche cerrada
en Bergen



rocaeditorial • criminal

Noche cerrada en Bergen

Anne Holt

Traducción de Diego García Quiroga

Rocaeditorial

© Título original: *Pengemannen*
© Anne Holt, 2009
Published by agreement with Salomonsson Agency

Primera edición: noviembre 2010

© de la traducción: Diego García Quiroga
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Rodesa (Villatuerta, Navarra)

ISBN: 978-84-9918-188-2
Depósito legal: NA-2.502-2010

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para Ann-Marie,
por quince buenos años
de amistad y colaboración.

PARTE I

Navidad de 2008

La niña invisible

Era la vigésima noche de diciembre.

Una de esas noches de sábado, que prometen tantas cosas que nunca se concretan, se había deslizado de forma bastante anodina hasta el último domingo de Adviento. La gente todavía estaba de celebración en los restaurantes y los bares, pero maldecía la violenta nevada que había caído sobre Oslo unas horas antes, sin previo aviso. Después, el termómetro había alcanzado los tres grados sobre cero, y todo lo que restaba del ambiente navideño era el aguanieve gris sobre las placas de hielo y las lagunas de nieve derretida.

11

Una niña estaba parada en el medio de Stortingsgaten.

Iba descalza.

—Cuando las noches se alargan... —cantaba despacito— y llega el frío...

El camisón era amarillo claro, con mariquitas bordadas sobre el pecho. Bajo la enagua, las piernas eran delgadas como palillos. Tenía los pies plantados sobre la nieve. La niña, delgada y a medio vestir, estaba tan fuera de lugar en la nocturna escena ciudadana que todavía nadie había reparado en ella. La época de las cenas navideñas estaba próxima a su clímax y todos tenían suficiente con lo suyo. Una criatura medio desnuda y que canturreaba en una calle de la capital en medio de la noche era casi invisible, como si en uno de los libros que la niña tenía en su casa, los asombrosos animales africanos se hubiesen ocultado hábilmente entre los dibujos del paisaje noruego, escondidos en las cortezas y el follaje, apenas detectables por lo ajenos que resultaban al cuadro.

—... así dice la pequeña mamá ratón...

Todos estaban deseosos de diversión, algo que pocos encontraban. Mirando fijamente su propio vómito, una mujer se apoyó contra el cristal blindado frente a la joyería Langgaard. La salsa de arándanos de un color rojo profundo y aún sin digerir se mezclaba con restos de cerdo y albóndigas, nieve y arena. Un grupo de jóvenes aullaba y le dirigía cánticos ininteligibles desde el otro lado de la calle. Arrastraban a un amigo hecho polvo, mientras pasaban al lado del Teatro Nacional, sin preocuparse de que el tipo hubiese perdido un zapato. Había grupos de fumadores reunidos frente a cada local abierto, tiritando de frío. El viento salado del fiordo soplaba a través de las calles mezclándose con el hedor del tabaco quemado, del aguardiente y de un perfume nauseabundo; el olor nocturno de la gran ciudad noruega cerca del día de Navidad.

Sin embargo, nadie reparaba en la niña que cantaba bajito en la calle, quieta justo entre las vías plateadas del tranvía.

—... y mamá ratón..., y mamá ratón...

No llegó más allá.

12

—... y mamá ratón...

El tranvía de la línea número 19 arrancó de la parada que estaba cien metros más arriba, en dirección al palacio. Como un pesadísimo trineo lleno de gente que no sabe bien adónde se dirige, aceleró lento por la suave cuesta que desciende hacia el hotel Continental. Algunos de los pasajeros apenas sabían dónde habían estado. Dormían. Otros farfullaban acerca de dónde seguir la fiesta, en busca de más bebida y más mujeres a las que abordar antes de que fuese demasiado tarde. Otros sólo fijaban las miradas perdidas en el calor espeso que al depositarse sobre las ventanas las volvía grises y opacas con la humedad.

A la entrada del Theatercafeen, un hombre levantó la vista de los elegantes zapatos que había elegido para la velada, con la esperanza de que la nieve se demorase todavía un poco más. Tenía los pies empapados y las marcas de sal serían difíciles de quitar una vez que lograra secar los zapatos.

Fue el primero en ver a la niña.

Abrió la boca para gritar una advertencia. Antes de que pudiese tomar aliento, recibió un empujón en la espalda que casi le hace perder el equilibrio.

—¡Kristiane! ¡Kristiane!

Una mujer tropezó con la amplia falda de su traje. Se agarró del hombre que iba calzado con los destruidos zapatos de Enzo Poli, pero éste no había recuperado todavía el equilibrio y ambos cayeron al suelo.

—Kristiane —gimió la mujer mientras trataba de ponerse de pie.

El tranvía repicó su campana con violencia.

El conductor, que estaba a punto de finalizar su doble turno agotador, vio finalmente a la niña. El metal chilló cuando frenó lo mejor que pudo sobre los húmedos rieles congelados.

—... así dice la pequeña mamá ratón a sus hijitos —cantaba Kristiane.

El tranvía estaba aún en movimiento y a sólo seis metros de ella cuando la madre se puso de pie. Se dirigió hacia la calle con la falda medio desgarrada, pisó mal, pero logró mantenerse erguida y gritó otra vez:

—¡Kristiane!

Después, algunos dijeron que el hombre que apareció como de la nada se parecía a Batman, tal vez por la amplia capa que vestía. De hecho era bajo, un poco entrado en carnes y calvo. Como todos los ojos estaban pendientes de la niña y de la madre desesperada, nadie pudo ver bien cómo se deslizó con asombrosa agilidad frente al tranvía. Sin detenerse, atrajo a la pequeña hacia sí con un brazo. Estaba casi fuera de los rieles cuando el vehículo pasó pesadamente sobre las huellas apenas visibles de Kristiane y se detuvo. Un jirón oscuro arrancado de la chaqueta se agitaba en el viento, enganchado al parachoques.

La ciudad respiró con alivio.

No se podía oír un solo coche; las risas y los gritos murieron ahí. La campana del tranvía cesó en su repique. Todos se quedaron en silencio, como si no pudiesen creer de veras que todo hubiera salido bien. El conductor del tranvía permanecía inmóvil en su asiento, con las manos en la cabeza y los ojos bien abiertos. Hasta la madre de la niñita parecía congelada a unos metros de ella, con el traje de fiesta destruido y los brazos indecisos al costado.

—Si ninguno cae en la trampa... —seguía cantando Kristiane, sin mirar al hombre que la retenía.

Algunos comenzaron a aplaudir con prudencia. Otros los siguieron. El aplauso creció, y fue como si la mujer en el traje de fiesta se despertase de pronto.

—¡Hija! —gritó mientras corría para cubrir los pocos pasos que la separaban de la niña. La agarró y la apretó contra su pecho—. ¡Debes prometerle a mamá que nunca, nunca, nunca volverás a hacer algo así!

Sin pensarlo, Inger Johanne Vik alzó un brazo sin soltar a su hija. El hombre no hizo siquiera un gesto cuando la mano de la mujer golpeó con violencia su mejilla. Sin tocar las marcas rojas que le habían dejado los dedos, esbozó una sonrisa oblicua, inclinó la cabeza despacio con un saludo algo anacrónico, se dio la vuelta y se fue.

—... pero se cuida de ella... —cantaba la niña—, ¡pronto podrán todos celebrar de nuevo la Navidad!

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

14

Cada vez más personas vestidas de fiesta salían del Continental. Todas hablaban al mismo tiempo. Todos sabían que había sucedido algo, pero sólo unos pocos entendían qué. Algunos hablaban de un accidente, otros de que alguien había intentado secuestrar a la pequeña Kristiane, la hijita especial de la hermana de la novia.

—¡Cariño! —lloraba la madre—. ¡No debes hacer esas cosas!

—La señora estaba muerta —dijo Kristiane—. Tengo frío.

—¡Por supuesto que tienes frío!

Inger Johanne comenzó a caminar hacia el hotel con pasos cortos y vacilantes para evitar caerse. En el umbral estaba la novia. La parte superior del vestido sin tirantes estaba cubierta de lentejuelas brillantes. La seda gruesa le caía en pliegues pesados sobre las caderas estrechas hasta los pies, donde un par de zapatos cubiertos de perlas mostraban todavía una blancura igualmente brillante. La dueña de la noche estaba tan bella como debía, perfectamente maquillada y con el peinado tan perfecto como al principio de la cena, hacía ya varias horas. La piel bronceada de los hombros descubiertos podría haber indi-

cado que había realizado el viaje de bodas de antemano. Ni siquiera parecía que tuviese frío.

—¿Cómo estás? —sonrió acariciando la mejilla de su sobrina mientras su hermana pasaba por su lado.

—Tía —sonrió Kristiane—. ¡Tía novia! ¡Qué guapa estás!

—Es más de lo que se puede decir de tu madre —murmuró ella.

Sólo Kristiane la escuchó. Inger Johanne ni siquiera miró a su hermana. Siguió adelante trastabillando hacia el calor. Quería subir a su habitación y meterse bajo la colcha con su hija. Quizá tomaría un baño, un baño caliente. Su hija estaba fría como el hielo y tenía que calentarse tan pronto como fuese posible. Tropezaba y tenía problemas para respirar. Pese a que Kristiane, que pronto cumpliría catorce años, pesaba apenas más que una niña de diez, su madre estaba a punto de desfallecer por el esfuerzo de llevarla en brazos. Además, la falda de su traje regional colgaba tan torcida que la pisaba a cada paso. Su cabello, que antes llevaba recogido en el rodete de una trenza, se había soltado. El tocado era una sugerencia de Yngvar, y horas antes de la boda ella se esforzó para darle ese gusto. A los pocos minutos de empezar la fiesta se sentía como Brunilda en una representación de la época de entreguerras.

15

Un hombre voluminoso bajó corriendo desde el segundo piso.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué...? ¿Está bien? ¿Estás bien?

Yngvar Stubø trató de contener a su esposa. Ella lo apartó apretando los dientes:

—Una idea estúpida. Estamos a diez minutos en taxi de casa. ¡Diez minutos!

—¿Qué es lo estúpido? ¿Qué vamos a...? Déjame que la coja, Inger Johanne. Tu vestido está roto, y sería...

—¡No es un vestido! ¡Es un traje regional! ¡Se llama falda! ¡Y fue idea tuya! ¡Este espantoso peinado y este hotel, y el que Kristiane viniese! ¡Podía haber muerto!

El llanto la dominó y aflojó con desgana el abrazo que la unía a la niña. Yngvar la tomó con cuidado y juntos ascendieron las escaleras. Ninguno de ellos dijo nada. Kristiane seguía cantando, con voz aguda y clara:

—¡*Hei sann, hopp san, fa-lle-ra-lle-ra*, Nochebuena y todos van a disfrutar!

—Duerme, Inger Johanne. El doctor dijo que está bien. No hay razón para ir a casa ahora. Son las... —miró el oscurecido aparato de televisión, que todavía daba la bienvenida a los señores Yngvar Stubø— las tres y cuarto. Pronto serán las tres y media de la mañana, Inger Johanne.

—Quiero ir a casa.

—Pero...

—No debimos aceptar nunca este arreglo. Kristiane es demasiado pequeña.

—Pronto cumplirá catorce años —dijo Yngvar, que se frotó la cara con las manos—. Que una niña de catorce años participe en la boda de su tía no puede considerarse una irresponsabilidad. De hecho fue muy generoso que tu hermana corriese con el gasto de una suite y una niñera para nosotros.

16

—¡Una broma de niñera! —Gruñó la frase soltando una fina nube de saliva.

—Albertine se durmió —dijo Yngvar con abandono—. Se recostó en el sofá una vez que Kristiane se había acostado. ¿Qué otra cosa podía hacer? Para eso estaba aquí. Kristiane conoce bien a Albertine. No podíamos esperar que hiciese otra cosa que lo que se le pidió. Se retiró de la mesa con Kristiane después del postre y vino a la habitación. Lo que pasó fue un accidente. Sólo un accidente, tienes que aceptarlo.

—¿Accidente? ¿Es un accidente que una criatura como... Kristiane logre atravesar una puerta de hotel cerrada sin que nadie se percate? ¿Que la niñera, a quien por otro lado Kristiane no conoce aún más que como para llamarla «señora», durmiese tan profundamente que la niña creyó que estaba muerta? ¿Que la niña haya empezado a ir de aquí para allá en un edificio lleno de gente? ¡De gente borracha! Y que luego salga confundida, a la calle y en medio de la noche, sin ropas, sin zapatos y sin...

Se llevó las manos a la cara y sollozó con fuerza. Yngvar dejó la silla y se sentó pesadamente a su lado, al borde de la cama.

—¿No podríamos, simplemente, acostarnos? —preguntó en voz baja—. Mañana lo veremos todo con más claridad. Al fin y al cabo todo ha salido bien. Alegrémonos por eso. Vamos a dormir.

Ella no contestó. La espalda encorvada temblaba con cada aspiración.

—Mamá.

Se secó la cara rápidamente y se volvió hacia su hija con una sonrisa amplia.

—¿Dime, mi vida?

—A veces soy totalmente invisible.

Se podían escuchar las risas que procedían de la entrada. Alguien gritó: «¡Salud!», y una voz masculina preguntó dónde se encontraba la máquina de hacer hielo.

Inger Johanne se recostó con cuidado en la cama. Acarició despacio el cabello rubio y fino de la niña y acercó su boca al oído de su hija.

—No para mí, Kristiane. Nunca eres invisible para mí.

—Sí, sí —dijo Kristiane, y rio brevemente—. También para ti. Soy la niña invisible.

Y antes de que su madre pudiese protestar, en el momento en que las campanas del Ayuntamiento anunciaban que otra media hora de ese vigésimo día de diciembre había pasado, Kristiane se durmió profundamente.

Una habitación con vistas

En cuanto el campanario del Ayuntamiento anunció que eran las tres y media, decidió que ya era suficiente.

Estaba de pie frente a la ventana y observaba el paisaje.

Que no era gran cosa.

Diez horas antes, la nieve caía espesa sobre Oslo, y limpiaba la ciudad y la volvía luminosa. Se había sumido en el trabajo con tanta intensidad en el silencio vacío de la oficina que no reparó en el cambio de tiempo. Debajo de él, la ciudad yacía oscura y sin contornos. Aunque no llovía, el aire estaba tan húmedo que los vidrios de las ventanas goteaban. Apenas podía adivinarse la fortaleza de Akershus, como una sombra vaga al otro lado de la bahía. Las grises y perezosas olas de espuma eran todo lo que indicaba que la superficie negra entre el muelle del ayuntamiento y Hurumlandet era de hecho el fiordo y el mar.

Pero las luces eran bellas; a través de las ventanas húmedas, las lámparas de la calle y las farolas parecían pequeñas estrellas brillantes.

Todo estaba preparado sobre el escritorio.

Los regalos de Navidad.

Un crucero por el Caribe para su hermano, su hermana y sus familias. Ciertamente en uno de los buques de la empresa, pero, de todos modos, era generoso.

Una joya para su madre, que esa Nochebuena andaría por los sesenta y nueve y nunca se cansaba de los diamantes.

Un helicóptero a control remoto y una nueva tabla de esqui para su hijo.

Nada para Rolf, tal como acordaban siempre e invariablemente lamentaban.

Y veinte millones para caridad.

Eso era todo.

Obtener los regalos personales fue una cosa rápida. Le había llevado poco menos de media hora con su joyero habitual en Ámsterdam, en noviembre; después, una vuelta por el centro comercial de Boston, la misma semana, y veinte minutos con el ordenador ahora, por la noche, para componer una nota simpática con que acompañar los regalos de su familia política. La página de Internet de la empresa estaba llena de atrayentes fotos de Martinica y de Aruba, y la composición salió bien y con el justo toque personal, una vez que hubo logrado poner a toda la parentela a bordo del *MS Princess Ingrid Alexandra* bajo la brisa del amanecer.

Lo que le llevó tiempo fue el dinero de la beneficencia.

Marcus Koll junior ponía el alma en cada donación. Repartir regalos caritativos era su propio regalo de Navidad. Siempre le hacía sentirse bien, además de recordarle a su abuelo. El anciano, que era lo más cerca que el pequeño Marcus había estado de Dios, le planteó en una ocasión: «Un hombre ayuda a otro en su necesidad y reclama el reconocimiento que se le debe. Otro hombre ayuda a otro que lo necesita, pero no se lo dice a nadie y nunca recibe un agradecimiento. ¿Cuál de ellos es mejor persona?».

A los diez años contestó que el primero era el mejor, y desde entonces lamentó su respuesta. Marcus mantuvo su punto de vista durante mucho tiempo: la intención del que da no era lo importante. Lo que contaba eran los resultados. Diez era mejor que uno. El anciano había argumentado prolongadamente lo contrario y continuó haciéndolo hasta que el joven cambió por fin de opinión, a los quince años. Al abuelo le sucedió lo mismo. La discusión siguió así hasta que Marcus Koll senior murió a los noventa y tres años, y dejó tras de sí una prolija vida, ordenada en una carpeta gris verdoso con el logotipo NSB. Los papeles mostraban que a lo largo de su vida adulta había donado siempre el veinte por ciento de sus ingresos. No el diez, como solía ser norma entre los empresarios, sino el veinte. La quinta parte del sueldo de toda la vida del abuelo había sido su regalo a los que vivían en peores condiciones que él.

Marcus junior hojeó la carpeta el día en que enterraron a su abuelo. Fue un viaje en el tiempo a través de los acontecimientos más oscuros del siglo xx. Ahí estaban los recibos de dinero enviado antes del fin de la guerra a las viudas pobres, a los niños judíos después. A refugiados húngaros en 1956. Redd Barna, una asociación noruega de beneficencia dedicada a los niños, había recibido una pequeña contribución mensual desde 1959, y el abuelo realizó generosas donaciones para obras de ayuda en la mayoría de las catástrofes acaecidas a partir de 1920: desde naufragios sucedidos entre las dos guerras, pasando por la hambruna en Biafra y, sin pausa, hasta el tsunami en el suroeste asiático. Falleció sólo cinco días después del maremoto, en la Nochevieja de 2004, pero alcanzó a arrastrarse hasta la oficina de correos de Toyen para enviar cinco mil coronas a Médicos Sin Fronteras.

20

Como conductor de locomotoras con una esposa en casa, cinco hijos y luego catorce nietos, no pudo resultar fácil reducir la bolsa salarial, o la pensión subsecuente, año tras año. Pero nunca obtuvo reconocimiento por lo que hacía. Los montos se pagaban ante las ventanillas de diferentes oficinas de correos, todas lo suficientemente lejos del apartamento del edificio de ladrillos en Vålerenga, como para que nadie lo reconociera. El donante era siempre anónimo, aunque la firma lo delataba.

No es que el abuelo hubiera ayudado a otra persona sin el menor reconocimiento, es que había ayudado a miles.

Igual que su nieto.

La contribución del joven Marcus Koll a las organizaciones de ayuda e investigación era de una escala muy diferente a la del anciano. No podía ser de otro modo. En sólo unas semanas, él ganaba más de lo que su abuelo había ganado durante toda su larga vida. De todas formas estaba convencido de que la alegría de dar era exactamente la misma para ambos, y de que, en realidad, no existía una respuesta al acertijo moral de su abuelo. Compartir no era una cuestión de nobleza de espíritu para ninguna de las dos generaciones de Marcus Koll. Se trataba simplemente de estar en paz con sus propias vidas. Y así como su abuelo se permitió la pequeña

vanidad de dejar que su nieto supiese lo que había hecho, una vez que todo estuvo hecho y que la discusión estaba definitivamente muerta, el joven también decidió llevar a cabo un cuidado manejo de sus donaciones. Se hacían con toda discreción, a través de varios eslabones que hacían imposible que los destinatarios identificasen al donante. El dinero era un regalo personal, no provenía de ninguna de sus empresas; procedía de sus ingresos, sobre los que se descontaban impuestos antes de que distribuyese los donativos a través de canales que solamente él conocía. Y sólo el más joven Marcus Koll, que cumpliría ocho años dentro de dos meses, sabría alguna vez lo que había ocupado a su padre cada noche antes del último domingo de Adviento, desde que había cumplido treinta y cinco años.

Le daba paz. La paz que precisaba.

El corazón latió demasiado rápido.

Caminó de arriba abajo por el cuarto. No era especialmente grande, no reflejaba todo el dinero que se generaba en el viejo escritorio de roble. Es cierto que Marcus Koll junior recibía en Aker Brygge, en lo que un par de crisis financieras atrás había sido un domicilio muy apropiado. Pero al cabo de un tiempo la zona había perdido valor. A él no le importaba.

21

Se llevó las manos al pecho y trató de respirar despacio. Los pulmones tenían su propia voluntad, se hinchaban buscando aire demasiado deprisa, demasiado superficialmente. Se quedó de pie, clavado en el suelo. No podía moverse. Sintió que estaba a punto de morir. Notaba pinchazos en las puntas de los dedos. Tenía los labios entumecidos y el entorpecimiento de la boca le secaba la lengua hasta deformarla. Tenía que respirar a través de la nariz, pero la tenía tapada; había dejado de respirar y moriría al cabo de pocos segundos.

Se vio tal como había leído que sucedía y como se había visto en tantas ocasiones antes. Se encontraba frente a su propio cuerpo, un poco de costado, en el centro de una perspectiva de pájaro, y veía a un hombre de cuarenta y cuatro años, de corta estatura y con bolsas debajo de los ojos. Podía oler su propio terror.

Le sobrevino una violenta oleada de calor que hizo posible

que se liberase. Renqueó hasta el escritorio y extrajo una bolsita de papel del cajón superior. Estrujó el borde con el pulgar y el índice de la mano derecha, y aflojó el nudo de la bolsa, se la llevó a la boca y respiró lo más pesada y rítmicamente que le fue posible.

El sabor metálico en la boca no desapareció.

Arrojó la bolsa y apoyó la frente contra la ventana.

No estaba enfermo. No lo estaba. El corazón estaba bien, a pesar de la punzada bajo el omóplato izquierdo y en el brazo, en el brazo izquierdo, cuando lo sentía. No. Ningún dolor ahí.

«No sientas. Respira.»

Sentía las manos como si le corriesen por ellas insectos y no se atrevía a sacudirlas para quitárselos. La cabeza la sentía liviana y rara, como si no fuese la suya. Los pensamientos se agolpaban tan rápidamente que no podía reconocerlos. Fragmentos de imágenes y oraciones inconexas giraban cada vez más rápido en un carrusel que le hacía dar vueltas. Trató de pensar en una receta, en una pizza, una pizza con queso feta y brócoli, una pizza americana que había preparado mil veces y que ya no recordaba.

22

No enfermo. No con un derrame cerebral. No mareado. Estaba sano.

Quizá fuese cáncer. Sentía una puntada en el costado derecho del cuerpo, el costado del hígado, el del páncreas, el costado del cáncer, de la enfermedad y la muerte.

Abrió los ojos despacio. Un asomo de conciencia le demostró que estaba sano. Tenía que concentrarse en esto, no en recetas olvidadas ni en la muerte. La humedad del vidrio dejó una huella helada en su frente e hizo que le saltaran lágrimas.

Respiraba mejor. El pulso, que hasta entonces le había martillado en los tímpanos, sobre el esternón, en las puntas de los dedos y en las ingles con suma fuerza, golpeaba menos.

Oslo seguía allí como antes, al otro lado de la ventana, fuera de esa habitación con vistas al mar, al fiordo y a las islas. Marcus Koll junior acababa de donar una fortuna a obras de caridad y tenía muchas ganas de sentir la calidez que el último domingo de Adviento solía traerle. La alegría satisfecha de la Navidad, de los regalos, de ver la ansiedad con que su hijo esperaba las vacaciones, la alegría de que su madre todavía vivía y lo regañaba y

era irracional; de haber pagado como debía, de que todo era como debía ser. Quería pensar en la vida que no había terminado todavía, si solamente lograra respirar con calma...

Calmarse. Calmarse totalmente.

La mirada se posó sobre un caminante nocturno, uno de los pocos que todavía vagaban por el muelle, sin objetivo ni sentido manifiestos. Pronto serían las cinco de la mañana del domingo. Todos los locales estaban cerrados. El hombre de ahí abajo caminaba solo. Se bamboleaba de un lado al otro y le costaba mantenerse erguido sobre la superficie resbaladiza. De pronto bailó un par de piruetas desesperadas, asió su propia gorra como si fuese un punto fijo en el cual sostenerse y desapareció por encima del borde del muelle.

De inmediato todo fue distinto. El corazón volvió a ser el que era. La presión sobre el pecho disminuyó. Marcus Koll enderezó la espalda y ajustó la vista. Fue como si su pecho se irguiera, la lengua se achicase, la humedad regresase a la boca. Los pensamientos se ordenaron nuevamente, siguiéndose uno al otro en una cronología lógica. Calculó rápidamente cuánto tiempo le llevaría salir de la oficina, bajar las escaleras y acercarse hasta al muelle. Antes de que terminase el cálculo, vio gente que llegaba corriendo. Cinco o seis hombres, entre ellos un guarda de Securitas, gritaban tan fuerte que los podía oír desde donde estaba, cinco pisos arriba y tras el blindaje de tres vidrios. El hombre de uniforme parecía presto a descender al agua desde el muelle.

Marcus Koll se volvió, se alejó y decidió irse a casa.

De repente, fue consciente de lo cansado que estaba.

Si se daba prisa, quizá lograría atrapar tres horas de sueño antes de que su hijo se despertase. Al fin y al cabo era domingo, y pronto sería Navidad. Seguramente todavía quedaba algo de la nieve de ayer en las alturas que rodeaban la ciudad. Podían usar el trineo. Esquiar, quizá, si se internaban lo suficiente en el bosque.

Lo último que hizo Marcus Koll antes de irse fue abrir la cajita con pastillas blancas y ovaladas que guardaba en el cajón superior. Probablemente ya estaban caducadas. Hacía tanto tiempo ya... Dejó que una rodase en su palma. Un momento

más tarde la devolvió a su lugar, cerró la tapa, dejó la caja donde estaba y echó la llave al escritorio.

Había pasado, por esta vez.

Las sirenas ya se acercaban.

—¿Viene la poli? ¿Son ellos? ¿Alguien ha llamado para que venga una ambulancia? ¡Ésa es la sirena de la policía, ostras! ¡Llamad a la ambulancia! ¡Ayudadme!

El guarda de Securitas colgaba del borde del muelle con un brazo. Una pierna reposaba sobre un pilote resbaladizo, a sólo medio metro del agua. La otra se balanceaba de un lado a otro en un esfuerzo desesperado por mantener en equilibrio el cuerpo pesado y bien entrenado.

—¡Agárrame! ¡Coge la chaqueta!

Un muchacho se recostó boca abajo sobre la nieve mojada y agarró con ambas manos el brazo del guarda. Los ojos le brillaban. Le faltaban dos meses para cumplir dieciocho años, pero un bienaventurado esbozo de barba oscura le había permitido ir de local en local durante toda la noche sin que nadie le preguntara nada. No tenía dinero y se dedicó sobre todo a consumir los restos de cerveza que podía robar. Ahora se sentía absolutamente sobrio.

—No es ese de allí —jadeó, y aseguró la presa—. El que se cayó está más lejos.

—¿Qué? ¿Eh?

El hombre de Securitas miró al cuerpo que estaba tratando desesperadamente de sacar del agua. Lo tenía bien aferrado del cuello de la cazadora; sin embargo, el tipo colgaba sin vida en el agua y pesaba como plomo, con la capucha puesta y ajustada.

—¡Socorro! —gritó alguien entonces desde el agua oscura, más hacia fuera—. ¡Ayúdenme! Yo...

Los gritos se ahogaron.

El muchacho de la barba incipiente soltó al guarda.

—Sostente solo —gritó—. Yo voy a por el otro.

Se puso de pie, se quitó los zapatos y la cazadora, y se zambulló en el agua sombría. Cuando salió de nuevo a la superficie,

lo hizo en el área donde había visto al borracho que agitaba los brazos.

—¿Son dos? ¿Saltaron dos? ¿Los has visto? ¿Los habéis visto?

El guarda colgaba todavía del muelle y bramaba. Con la otra mano aferraba algo que definitivamente era un cuerpo; una cabeza tumbada hacia atrás, dos brazos y una camiseta oscura. Era simplemente tan pesado, tan malditamente pesado. Le dolía el brazo y no sentía los dedos.

No lo soltó.

El joven que se acababa de zambullir, lanzaba bocanadas, buscando aire. El choque de frío inicial, adormecedor, había dado lugar a un dolor punzante tan violento que los pulmones amenazaban con dimitir de su propósito. El muchacho golpeaba el agua con tal frenesí que la mitad de su torso emergía del agua. Debajo de sí veía sólo la profundidad oscura e incolora.

—¡Ahí! —gritó sin aliento un policía desde el borde del muelle—. ¡Justo detrás de ti!

El muchacho se volvió. Más por reflejo que porque hubiese visto algo, extendió la mano. Cerró los dedos en torno de algo y tiró. El hombre rompió la superficie con un bramido, como si hubiese empezado a gritar mientras estaba debajo del agua. Su salvador lo tenía sólidamente agarrado de los cabellos. El borracho trataba de soltarse y a la vez se esforzaba por trepar sobre el joven. Ambos desaparecieron. Cuando emergieron algunos segundos más tarde, el hombre mayor estaba boca arriba, con los brazos y las piernas en la superficie. Gritaba de dolor mientras su bienhechor no le soltaba los cabellos, sino que lo aferraba mejor mientras aseguraba una cuerda dando cuatro vueltas sobre el otro brazo, sin preguntarse de dónde había salido la sogá.

—¿Lo tienes? —gritó el policía desde allá arriba—. ¿Estáis bien sujetos?

El muchacho trató de contestar, pero la boca se le llenó de agua. Hizo una señal con la mano atada.

—¡Venga! —jadeó, casi sin que lo pudiesen oír, y tragó más agua—. ¡Venga...!

Nunca se imaginó que el frío pudiese ser tan intenso. El agua se le colaba a través de cada poro. Clavos congelados le pincha-

ban por todos lados. Sentía como si alguien tratase de embutirle las sienes en el cerebro y creía tener el pecho helado. Ya no sentía las manos, y en un momento de angustia lacerante creyó que los testículos le habían desaparecido. Le quemaba la entrepierna, un calor ardiente y paradójico se extendía desde las ingles hacia los muslos.

Los movimientos eran más lentos. Sentía los ojos muertos. Alguien los debía haber apagado. Todo era mojado, frío y oscuro. No podía haber transcurrido más de un minuto desde que se arrojó al agua. Se le ocurrió que esto podía ser lo último que experimentase: perder los huevos en el fondo del mar de diciembre por causa de un borracho idiota en Aker Brygge.

Lo subieron enseguida.

Estaba acostado en el suelo sobre una manta hecha con algo que parecía lámina de aluminio y alguien trataba de quitarle la ropa.

Se aferró a los pantalones.

26 —Tranquilo —dijo un policía; debía de ser el mismo que le había arrojado la cuerda—. Debemos quitarte la ropa mojada. Enseguida llegará personal de auxilios para ayudarte.

—Mis huevos —lloriqueó el muchacho—. Los dedos, están...

Giró la cabeza. Dos policías, llenos de energía, depositaban a una persona en el suelo unos metros más allá. El cuerpo que cargaban derramaba agua y no se movía. No habían terminado de colocarlo allí cuando el conductor de una ambulancia llegó corriendo con una camilla con ruedas. El policía más viejo lo alejó con un gesto cuando intentó ayudar a mover de lugar el cadáver.

—Está muerto. Ocúpate de los vivos.

—*Fuck!* —se quejó el muchacho mientras trataba de ponerse de pie—. ¿Está muerto? ¿No llegó?

—Ése no es el que tú has salvado —dijo el policía con calma, mientras trataba de desnudarlo—. De todos modos hubiera sido demasiado tarde. Tu hombre está allí. Es ese que ha vuelto a ponerse la gorra.

Sonrió y sacudió la cabeza. Se movía rápido; el temerario muchacho entendió por fin que sus órganos sexuales seguían en su lugar. Con indolencia, dejó que le quitaran la ropa. Tres

policías acordonaron el área con cinta rojiblanca y después uno de ellos echó una especie de lona sobre el cuerpo que yacía en la camilla.

—*T-t-t-tú* ahí —dijo el hombre de la gorra, acercándose—. *¿P-p-pen-sabas a-a-a-arrancarme* el cuero de la cabeza o *q-q-qué?*

Todavía llevaba toda la ropa encima. Alguien le había arrojado una manta sobre los hombros. No sólo le castañeteaban los dientes, sino que todo el cuerpo le temblaba y hacía que saltasen gotas de los mechones que asomaban bajo la gorra empapada.

En el suelo, el muchacho no lograba recordar la gorra.

—*¡Sal-sal-salvé* la gorra! —sonrió el otro—. *¡La-la-la a-a-a-atrapé!*

—Sal de ahí —dijo el policía, ya cansado—. *¡Ve para allá!*

Señaló hacia una ambulancia, que permanecía estacionada en diagonal sobre el muelle e iluminaba con su parpadeante luz azul al grupo de personas uniformadas.

—*¿Qui-qui-quié*n es ese de ahí? —preguntó impasible el hombre mirando con interés al cadáver de la camilla—. *¡N-n-n-no l-lo v-v-v-vi en el ag-agua!*

—Ahora acabas... *¡Arne! ¡Arne,* llévate al tipo este a la ambulancia, está que no entiende nada!

Con bastante rudeza, llevaron al hombre aterido hacia la ambulancia.

—Por lo menos podría haberte dado las gracias —dijo el policía mientras hacía señas llamando a uno de los que habían llegado con el vehículo—. Fue una acción valiente arrojarte de ese modo al agua. No muchos se hubieran atrevido. *¡A ver!* —Se incorporó y apoyó la mano en el hombro de un hombre con uniforme color amarillo refractante—. Hazte cargo de nuestro héroe —le dijo con una sonrisa—. Consigue que entre de nuevo en calor.

—Busco otra camilla. Un instante....

El muchacho sacudió la cabeza e intentó ponerse de pie. Estaba desnudo dentro de una manta enorme y alguien le había colocado un par de zapatillas demasiado grandes sin que él se hubiese percatado. El conductor de la ambulancia lo sostuvo del brazo cuando se tambaleó.

—Está bien —dijo el muchacho ajustándose mejor la manta—. Pero tengo tanto frío como en el Infierno.

—Me parece que buscamos una camilla —vaciló el conductor—. Sólo...

—No.

El muchacho renqueó hacia la ambulancia. Cuando ya casi se alejaba del borde del muelle, se detuvo por un momento. El viento salado del fiordo le hizo darse cuenta súbitamente de lo cerca que había estado de morir. Estaba a punto de echarse a llorar. Un poco avergonzado, se tapó los ojos con la manta. Tenía que dar un paso corto a un lado, pero pisó la manta y tropezó. Para no perder el equilibrio, se agarró a lo primero que encontró. Era la lona que cubría el cuerpo sobre la camilla.

Ahora sí que salió todo mal.

No podían haber pasado más de cinco minutos desde que había estado caminando por Aker Brygge; solo, insatisfecho y sin dinero como para coger un taxi y regresar a casa. En el curso de esos miserables trescientos segundos había nadado en el agua helada, había estado a punto de morir, había salvado a un hombre de perecer ahogado, había recibido elogios de la Policía y sentía que estaba a punto de perecer congelado. En el mismo intervalo llegaron al lugar tres coches de la Policía con seis agentes uniformados, además de dos ambulancias completamente equipadas. Todo lo cual era bastante increíble, considerando el corto tiempo que había pasado. A eso se sumaba que apenas llegado al muelle, el guarda de Securitas congregó a cinco de sus colegas desde los edificios de oficinas cercanos; la Policía tenía que encargarse del cuerpo que había rescatado.

En medio de ese caos de hombres uniformados y una sola mujer, circulaban cerca de treinta personas más o menos borrachas que no prestaban mucha atención a la barrera policial. La dramática escena era como papel para moscas para los que todavía se hallaban en las cercanías antes de las primeras luces de una mañana de domingo. Y como además no habían pasado aún cinco minutos desde que Aker Brygge hubiese estado relativamente vacío, la Policía no entendía bien todavía la relación que existía entre el guarda, el joven nadador, el borracho y el muerto que dos de ellos habían sacado del agua utilizando toda su

fuerza. Estaba claro que la Policía tenía sus procedimientos; pero era de noche, el lugar era un caos, y de todos modos lo más importante había sido sacar del agua con vida al borracho. Por eso, y quizá también porque uno de ellos estaba fuera de combate por el esfuerzo de sacar el cadáver a tierra, sólo quedaron un par de policías cerca del muerto. Uno de ellos, un sargento joven, se doblaba vomitando a unos diez o quince metros de la cinta plástica que limitaba el área, sin que nadie reparase en él. El otro había cubierto el cadáver y ahora, en voz baja, le aclaraba la situación al encargado de la operación; entonces, el joven de la incipiente barba perdió el equilibrio de puro agotamiento.

Cayó hacia atrás. Comenzó a perder control de la manta. Por un segundo estuvo más preocupado por no mostrarse desnudo que por recuperarse; y entonces se agarró de la lona, con ambas manos, mientras caía. La tela estaba enganchada al lado opuesto de la camilla, que empezó a girarse. Por un instante pareció que el peso del cadáver sería suficiente para evitar el desastre total, pero el muchacho no soltaba la lona. Cayó al suelo sin nada que lo cubriese, aparte de las enormes zapatillas y la parte posterior de la cabeza; chocó contra el suelo helado con un ruido evidente. El dolor hizo que gritase antes de desvanecerse durante unos segundos.

Cuando volvió en sí, lo primero que lo golpeó fue el hedor.

Algo encima de él lo asfixiaba, le quitaba el aliento con una pestilencia a carne podrida y cloaca. Alguien gritó y él abrió los ojos. El cadáver había caído sobre él en perfecta simetría con su cuerpo, como un beso de la muerte, y se encontró mirando directamente al interior de la capucha.

Ahí se encontraba lo que con toda lógica debía de ser una cabeza.

Al fin y al cabo, era lo que se encontraba generalmente dentro de la capucha de una cazadora.

En el informe policial que se redactaría unas horas después, se diría que la Policía estimaba que el cuerpo había estado en el agua durante aproximadamente un mes. El mismo informe subrayaba que seguramente el cadáver se había conservado sólo gracias a las ropas. Clínicamente, el cuerpo se describía como «violentemente hinchado, parcialmente deshecho», de donde el

autor del informe concluía de un modo sucinto que no podía asegurarse si el muerto era hombre o mujer. Por el momento, las ropas apuntaban a lo primero.

El muchacho que había dado vueltas por Oslo toda la noche del sábado en busca de bebidas y mujeres y que se arrojó sin miedo al fiordo en medio del invierno para salvar otra vida se desmayó otra vez. En esta ocasión perdió el conocimiento durante un rato más largo; no se despertó hasta que se halló en una cama del hospital de Ullevål, con su madre sentada a su vera. Empezó a llorar apenas la vio. Sollozaba como una criatura y se aferraba al calor del abrazo calmante de su madre, mientras trataba de apartar lo último que había vivido antes de que la oscuridad lo bendijese para separarlo del monstruo marino.

En un agujero en la masa informe, aproximadamente en el lugar donde una vez había estado un ojo, apareció de pronto un pez y lo miró. Un pequeño pecesito plateado, no más grande que una anchoíta, con ojos negros y aletas vibrantes; se miraron mutuamente, el muchacho y el pez, antes de que éste se lanzase de la cabeza muerta para caer dentro de la boca del joven.

De camino a casa de un amigo

—¡**A** partir de ahora siempre comeremos pescado en Nochebuena!

Yngvar Stubø cogió con los dedos la cabeza de bacalao que reposaba en su plato, sorbió el ojo y masticó con aire contemplativo. Su suegra, sentada a la mesa ovalada justo enfrente de él, arrugó la boca a la vez que volvía la cara alzando las cejas. Su marido ya tenía un par de copas de más y señaló con el cuchillo y el tenedor a su yerno.

—¡Ése es un hombre! ¡Los hombres de verdad se comen todo el pescado!

31

—Pero, a decir verdad —comenzó su esposa—, el costillar de cerdo en Nochebuena es una tradición familiar ininterrumpida desde...

—¡Perdón, mamá!

Inger Johanne Vik suspiró y soltó los cubiertos.

—Fue un error, ¿vale? ¡Un error torpe y bastante insignificante! ¿No puedes olvidar este asunto del costillar de cerdo? Medio Oriente está en llamas, la crisis financiera causa estragos, y ¿tienes que montar un jodido escándalo porque Strøm-Larsen se equivocó con mi encargo? A todos en esta mesa les gusta el bacalao, mamá, de veras que no puede ser tan...

—No es propio de ti usar palabrotas, querida. Por otro lado, sé bien y por experiencia propia que Strøm-Larsen se olvida de todo. He comprado en las mejores carnicerías de la ciudad desde antes de que nacieras, y tengo...

—¡Mamá! ¿Es que no puedes...?

Inger Johanne cerró la boca, forzó una sonrisa y miró a su hija menor, Ragnhild. Pronto iba a cumplir cinco años y obser-

vaba con curiosidad a su padre, que estaba a punto de devorar el ojo restante.

—¿Está bueno, papá?

—Tiene gusto a ojo de pescado —dijo Kristiane golpeando el tenedor rítmicamente contra el plato—. Eso es obvio. Ojos de pescado con chaleco atado.

—No des esos golpes —dijo la abuela afablemente—. ¿No puedes ser la niña dulce de tu abuela y dejar de hacer ese ruido?

—Hay gente que dice que el pescado es bueno —dijo Ragnhild—. Y algunos peces creen que las personas son buenas. Es justo. El tiburón, por ejemplo. ¿Celebran la Navidad los tiburones, papá? ¿Reciben, como regalo, niñas, para comérselas?

Se rio con ganas.

—No sólo los tiburones comen personas —dijo Kristiane, a quien como de costumbre se le escapaba el humor de su hermana menor.

Como por milagro, parecía que lo ocurrido el sábado no la había afectado físicamente: todo había acabado en unos pequeños estornudos y una nariz tapada. Las posibles secuelas psíquicas eran más difíciles de determinar. Hasta ahora no había dicho palabra al respecto. El único pequeño cambio que Inger Johanne creía haber detectado era que en aquellos cuatro días desde la boda de su hermana la letanía de textos memorizados era más extensa de lo habitual. Como siempre, Yngvar miraba todo desde un punto de vista positivo: su hija había entrado también en un periodo en el que preguntaba más. Razonaba. Se mostraba curiosa y ya no solamente repetitiva.

—Muchísimos tipos de peces tienen una dieta complicada —dijo despacio la niña, fijando la vista en algún lugar lejano—. En ciertas condiciones, comerían carne humana otra vez si tuvieran oportunidad.

—Ahora hablemos de algo más agradable —propuso la abuela.

—¿Qué es lo que más os gustaría tener?

—Eso ya lo sabes, abuela. Ya hace mucho te dimos la lista de lo que deseamos. El hombre muerto que sacaron de la bahía el fin de semana, por ejemplo, la noche que mamá se enfadó tanto conmigo porque yo...

Inger Johanne lanzó una mirada implorante a Yngvar.

—La abuela tiene razón —dijo él—. Es Nochebuena y podemos hablar de algo...

—Había estado en el agua durante mucho tiempo —dijo Kristiane, y tragó antes de empujar más comida sobre el tenedor—. Salía en el periódico. Y entonces se hinchó todo. Como un globo. Eso pasa porque el cuerpo humano es sal, y atrae toda el agua del entorno. Lo llaman «ósmosis». Cuando dos líquidos de valor osmótico diferente, o de diferente balance salino, están separados por una membrana porosa, como por ejemplo las paredes de las células en las personas, el agua la traspasa para igualar...

La abuela se puso pálida. El abuelo tenía la boca abierta de asombro, hasta que la cerró con un chasquido audible.

—Esta cría —sonrió—. Es todo un personaje, ¿eh?

—Eso es muy impresionante —dijo Yngvar con tranquilidad, y se secó los labios con una enorme servilleta blanca—. Pero la abuela y mamá tienen razón. La muerte no es precisamente algo sobre lo que uno suele...

—Pero Yngvar —lo interrumpió su hijastra—, ¿eso quiere decir que un cadáver se hincha más si permanece más tiempo en el agua dulce que en el mar?

—¿Qué es un cadáver, mamá? —Ragnhild había agarrado la cabeza de pescado intacta del plato de su padre. Ahora se la colocaba sobre la nariz y miraba a través de las cuencas vacías de los ojos—. ¡*Uuheeeaaa!* —gruñó, y se rio—. ¿Qué es un cadáver?

—Un cadáver es una persona muerta —dijo Kristiane—. Y cuando las personas muertas permanecen en el mar durante mucho tiempo, se las comen. Los cangrejos y los peces.

—Y los tiburones —añadió la hermana menor—. Más que nada los tiburones.

—¿Se comieron el cadáver? —preguntó el abuelo con genuino interés—. El periódico no decía nada acerca de eso. ¿Es éste uno de tus casos? ¡Cuéntanos, Yngvar! Hasta donde entendí del *Aftenposten* de hoy, todavía no se sabe nada acerca de quién es.

—No, es un caso de Oslo, y yo no sé más que lo que dicen los periódicos. Como sabes, trabajo en Kripos. —Le ofreció a su

suegro una sonrisa tensa—. Además de en algunos aspectos técnicos, pocas veces ayudamos al distrito policial de Oslo. Y lo mismo sucede con las investigaciones. Colaboración internacional. Cosas así. Tal como ya dije otras veces, de hecho. Y ahora cambiemos de tema, ¿vale?

Yngvar se puso de pie con decisión y comenzó a retirar los platos. Se hizo el silencio en torno a la mesa. Sólo el ruido que hacían los cubiertos y el servicio al colocarlos en el lavavajillas se mezclaba con las voces del coro de los *Sølvguttene** que llegaba desde el apartamento de abajo. Inger Johanne sintió repulsión al arrojar al bote de basura los restos de pescado que quedaban en los platos.

Como de costumbre, había salido tarde a buscar el costillar de cerdo. Cuando llegó a la carnicería de Strøm Larsen esa misma mañana, a eso de las diez, ya estaba todo vendido. Nadie tenía noticia del pedido telefónico que ella juraba haber hecho hacía más de dos semanas. La persona que la atendió lo lamentaba y expresó la mayor simpatía ante la incómoda situación (por no dramatizar) que se planteaba, pero costillares de cerdo no les quedaba ni uno. El propietario no pudo contenerse de realizar una observación: la comida de Nochebuena debía estar en casa con cierta antelación a la cena misma. La idea de servir a su madre un costillar barato comprado en Rimi o en Maxi le pareció a Inger Johanne peor que ofrecerle bacalao.

—Debí haber comprado el maldito cerdo en Rimi y haber jurado que era de Strøm-Larsen —le susurró a Yngvar colocando el último plato en la máquina—. ¡No ha comido casi nada!

—Torpe de su parte —respondió Yngvar también en un susurro—. ¡No te preocupes!

—¿Podemos ventilar un poco? —preguntó la madre de pronto y en voz alta—. Ninguna crítica al bacalao, por supuesto, es sano y rico ¡pero el olor de un costillar de cerdo recién asado da el verdadero ambiente navideño!

—Pronto va a oler a café —dijo Yngvar, divertido—. ¿Tomamos café con el postre, no?

* Coro masculino que tradicionalmente emite un concierto cada Navidad. (*N. del T.*)

Los Sølvguttene ya cantaban *Deilig er Jorden* en el piso de abajo. Ragnhild entonó y corrió hacia el televisor para encenderlo.

—¡Ahora no, Ragnhild!

Inger Johanne trató de sonreír mientras la miraba desde detrás de la columna que servía de muro bajo de separación con la cocina.

—No vemos televisión en Nochebuena, ¿sabes? Tampoco mientras comemos.

—Personalmente, me parece muy buena idea —añadió la abuela—. De todas maneras hemos cenado demasiado temprano. Es agradable escuchar a los Sølvguttene antes de cenar. Hay mucha Navidad en esas voces tan preciosas. Los niños sopranos son simplemente de las cosas más bellas que conozco. Ven, Ragnhild, ahora vamos a buscar el canal adecuado con la abuela.

Una copa de vino tinto cayó con estrépito al suelo de la cocina.

—¡No pasa nada, no pasa nada! —gritó Yngvar, y se rio.

Inger Johanne se apresuró hacia el baño.

—El alma pesa veintiún gramos —dijo Kristiane.

—¡Oh! ¿Es cierto?

El abuelo empinó por quinta vez un vaso de acquavit, lleno hasta el borde.

—Sí —dijo Kristiane con seriedad—. Cuando uno se muere, se hace veintiún gramos más ligero. Pero uno no la puede ver. No puede ver, no puede reír, no puede nada.

—¿Ver qué?

—El alma. Uno no puede ver que se va.

—Kristiane —dijo Yngvar desde la cocina—. Ahora lo digo en serio: ya basta. No hablemos más de la muerte ni de esas cosas, ¿vale? Además eso del alma es una tontería. No existe algo que se llame alma. Es sólo una expresión religiosa. ¿Quieres un poco de té con miel junto con el postre?

—*Dam-di-rum-ram* —dijo Kristiane sin variar el tono.

—¡Oh, no...!

Inger Johanne regresaba del baño. Se agachó junto a su hija, en cuclillas.

—Mírame, mi vida. Mírame.

La cogió con cuidado por la barbilla.

—Yngvar preguntó si querías té. Té con miel. ¿Quieres?

—*Dam-di-rum-ram*.

—No puede ser apropiado darle té a la criatura cuando está en ese... estado, ¿no? ¡Ven con la abuela, así escuchamos a estos muchachos tan buenos! ¡Ven aquí, niña mía!

Yngvar estaba en la cocina; la abuela no podía verlo. Llamó con un gesto a Inger Johanne mientras con los labios formaba palabras mudas:

—*Nooo leee haagas caaasoo*. Haz como si no la oyeras.

—*Dam-di-rum-ram* —dijo Kristiane.

—Te doy todo lo que quieras —susurró Inger Johanne—. Lo que más, más quieras.

Inger Johanne sabía que era inútil. Kristiane decidía por sí misma dónde estaba. En el transcurso de catorce años de convivencia con una niña tan apegada que a veces tenía problemas para distinguir lo que era ella y lo que era la niña, todavía no encontraba respuesta a qué era lo que hacía que su hija pasase de un estado al otro. Aprendieron algunas señales, ella, Yngvar e Isak, el padre de Kristiane. Rutinas y costumbres, comestibles que debían evitar y alimentos que le provocaban reacciones, medicinas que probaron y que dedujeron juntos que no funcionaban; ya habían recorrido algunos caminos que hacían que la vida con Kristiane fuera algo más fácil. Pero la mayor parte del tiempo su hija transitaba por su propio paisaje, con su propio mapa y tras su antojo incomprensible.

—Mamá te quiere más alto que el cielo —susurró Inger Johanne despacito; sus labios hacían cosquillas en las orejas de su hija, y ésta sonrió.

—Viene papá —dijo.

—Sí. Papá viene pronto. En cuanto termine de cenar en casa de los abuelos, viene a ver a su nena.

Su mirada carecía de expresión. Parecía como si los ojos se moviesen independientemente el uno del otro, e Inger Johanne se asustó. Solían estar fijos en algo que nadie podía ver.

—La señora estaba...

—Se llama Albertine —la interrumpió Inger Johanne—. Albertine dormía.

—Hacía tanto frío. No te encontraba, mamá.

—Pero yo te encontré. Al final.

Inger Johanne estaba tan concentrada en la chiquilla que no se percató de la presencia de su madre. Lo primero que sintió fue su perfume, uno que le había regalado su hermana, y que costaba más de lo que Inger Johanne gastaba durante todo un año en cosméticos e higiene personal.

«Vete», trató de decirle con todo su ser. Se encogió de hombros y se corrió un poquito hacia un lado, todavía en cuclillas.

—Kristiane —dijo ella, serena y decidida—. Ahora tienes que venir con la abuela. Lo primero que haremos será abrir el regalo rojo con lazo rosa. Es para ti. Dentro hay una caja con una cerradura. Si abres la caja y destrabas otra cerradura, encontrarás un microscopio. Tal como el que querías. Ahora me das la mano, así...

Inger Johanne estaba todavía agachada, con las manos apoyadas en los delgados muslos de Kristiane.

—Microscopio —dijo Kristiane—. Del griego *micron*, «pequeño» y *skopein*, «mirar».

—Exacto —dijo la abuela—. Ven ahora.

Los Sølvguttene ya no cantaban. Ragnhild apagó el televisor. Lo mismo hicieron los vecinos del piso de abajo. De la cocina salía olor de café, y afuera estaba tan silencioso como solía estarlo únicamente esa noche del año, cuando las iglesias estaban vacías, las campanas silenciadas y no había nadie yendo o viniendo de algún sitio.

Las manos largas y estrechas de la abuela se deslizaron dentro de las de Kristiane.

—Abuela —dijo la niña, y sonrió—, quiero mi microscopio.

Sin embargo, Kristiane seguía mirando a su madre. Fijaba la mirada en ella y la mantuvo así hasta que finalmente siguió a su abuela obedientemente hasta el sofá, para abrir un regalo cuyo contenido ya conocía.

Inger Johanne se incorporó con orgullo y se quedó de pie.

Sintió una extraña caricia de felicidad, que desapareció antes de que pudiese reconocerla.

Para Eva Karin Lysgaard, la felicidad era una expresión tangible.

La felicidad se hallaba en su fe en Jesucristo. Desde la vez que encontró al Salvador durante un paseo en el bosque, a los dieciséis años, experimentaba cada día la jubilosa sensación de su cercanía. Hablaba con Él siempre, y a menudo recibía respuesta. Ahora era una mujer de sesenta y dos años y aun en la pena, que naturalmente a su edad ya experimentado, Jesús estaba con ella, con seguridad y apoyo y con infinito amor.

Eran casi las once de la noche del día del cumpleaños del Señor.

Eva Karin Lysgaard tenía un trato con Jesús. Un pacto con su marido, Erik, y con el Señor. Cuando a ella y a Erik la vida se les tornó oscura, encontraron una forma de evitar todo lo que era difícil. No fue el camino más simple, les llevó tiempo encontrarlo, y sería para siempre algo entre ella, Erik y el Salvador.

38 Ahora estaba allí. En camino.

El viento soplaba desde la bahía y sabía a sal. Tras muchas de las ventanas de las casitas pintorescas brillaba todavía un resplandor suave; para la mayoría la Nochebuena no terminaba aún.

Tropezó con el cordón al doblar la esquina de Forstandersmauet, pero se recuperó enseguida. Las gafas se le empañaban y estaban mojadas, le era difícil ver con claridad. No importaba. Aquél era su camino, lo había recorrido ya muchas veces.

Se detuvo por un instante, asombrada.

Oía pasos detrás.

Llevaba más de veinte minutos caminando y no había visto todavía otro ser viviente que un gato callejero y las gaviotas, que chillaban sobre la bahía.

—¿Obispo Lysgaard?

Se volvió hacia la voz.

—¿Sí? —preguntó sonriendo.

Había algo en la voz del hombre, algo desconocido. Duro, quizá. Diferente, de todos modos.

—¿Quién es? ¿Hay algo en lo que pueda ayudarle?

En el instante en que él la acuchilló, ella entendió que se había equivocado. En los dieciséis segundos que transcurrieron entre que fue consciente de que iba a morir y su muerte, no opuso ninguna resistencia. No dijo nada y se dejó caer sobre la calle con el desconocido sobre ella. El hombre con el cuchillo le pareció irrelevante. Era ella quien se había equivocado. Durante todos estos años en que creyó que tenía a Jesús a su lado, en su vana creencia de que Él la había perdonado y aceptado, vivió en una mentira mayor de lo que podría soportar en caso de seguir vi- viendo.

Y en el instante de la muerte, cuando ya no hubo más que ver y toda la sensación de existir cesó, se preguntó qué era lo que Él, el de la vida eterna, no había aceptado: si la mentira o el pecado.

Daba lo mismo, pensó.

Y murió.

—El niño Jesús no puede tener 2008 años —dijo Ragnhild, y bostezó—. ¡Nadie vive para siempre!

—No —contestó Yngvar—. De hecho murió bastante joven. Celebramos la Navidad porque es entonces cuando nació.

—Deberíamos tener globos. No es un cumpleaños si no hay globos. ¿Crees que al niño Jesús le gustaban los globos?

—En aquellos tiempos no había cosas como ésa. Y ahora debes dormir, cariño. ¡Ya es casi la una! De hecho, ya es Navidad.

—Récord personal —festejó Ragnhild—. ¿Es más tarde que las once?

Yngvar asintió con la cabeza y arropó a la niña por cuarta vez en dos horas.

—Ahora hay que dormir.

—¿Por qué la una es más tarde que las once, si uno es un número pequeño y once uno tan grande? ¿Puedo estar despierta hasta tan tarde la noche de Año Nuevo?

—Ya veremos. ¡Ahora tienes que dormir!

La besó en la nariz y se dirigió hacia la puerta.

—Ah, papá...

—Debes dormir. Papá se va a enfadar si no te acuestas ahora. ¿Entiendes?

Pulsó el interruptor y la habitación quedó envuelta en el resplandor rojo de la guirnalda con corazoncitos luminosos que enmarcaba la única ventana.

—Pero, papá, una cosa, sólo...

—¿Qué?

—En realidad es un poco tonto que le regalaran a Kristiane un microscopio. Sólo lo va a romper.

—Puede ser. Pero es lo que ella quería.

—¿Por qué no me regalaron a mí un micro...?

—¡Ragnhild! ¡Ahora sí que me voy a enfadar! Si no te acuestas en este preciso...

El ruido de la colcha, que se arrugaba, lo interrumpió.

—Buenas noches, papá. Te quiero.

Yngvar sonrió y tiró de la puerta hacia sí.

—Yo también te quiero. Nos vemos mañana.

Salió. Kristiane se había dormido hacía rato, pero podía despertarse sólo con que una pluma cayese al suelo. Cuando pasó delante de su puerta, contuvo la respiración. Entonces se sobresaltó.

¿El teléfono? ¿A la una de la mañana, en Nochebuena?

En dos zancadas llegó a la puerta de la sala para acallar el barullo lo antes posible. Por suerte, Inger Johanne llegó antes que él. Hablaba despacio, al lado del árbol de Navidad, que estaba en un estado lamentable después de que *Jack*, el chucho marrón claro de Kristiane, enloqueciese y lo tumbara, para convertirlo en un caos de lucecitas eléctricas y palos de Jacob. Su suegra había colocado un hueso envuelto debajo de los regalos, por lo que no se podía culpar del todo al animal.

—Aquí viene —oyó que decía Inger Johanne antes de entregarle el teléfono.

Tenía la expresión resignada que siempre le hacía sentir un vacío en el diafragma. Hizo un gesto con la mano a modo de disculpa antes de coger el auricular.

—Aquí Stubø.

Inger Johanne caminaba por la sala. Recogió un juguete aquí, un libro allá, y los colocó en lugares en donde tampoco

debían estar. Movi6 una maceta y ensuci6 el mantel con tierra. Fue hasta la cocina, sin ganas de vaciar el lavavajillas para poner en 6l el resto de la pila de platos sucios. Estaba agotada y decidi6 servirse el 6ltimo resto de la botella de vino, ya casi vacía, que había recibido como regalo de su hermana. Seg6n su madre costaba m6s de tres mil coronas, lo que era tan parecido a dar margaritas a los cerdos que Inger Johanne termin6 de llenar la copa con un vino italiano barato del cart6n que había sobre la mesa.

—Vale —oy6 que decía Yngvar—. Hablamos mañana. P6same a buscar a las seis.

Cort6 la comunicaci6n.

—A las seis —resopl6 Inger Johanne—. ¿Cu6ndo podremos permitirnos dormir un poco?

Suspir6 profundamente y se sent6 en el sof6.

—Ha sido una noche divertida —dijo Yngvar dej6ndose caer al lado de ella—. Tu padre estuvo como de costumbre agradable y enervante. Tu madre..., tu madre...

—Estuvo fatal conmigo, buena con Ragnhild, h6bil con Kristiane y despectiva contigo. Y sutilmente destructiva con Ysak, porque no apareci6. Como siempre. ¿Qui6n ha muerto?

—¿Qu6?

—Tu trabajo.

Inger Johanne indic6 con la cabeza el tel6fono sobre la mesa de la sala.

—¡Oh! Es algo sorprendente.

—Cuando te llaman del trabajo en Nochebuena, entiendo que ha de ser sorprendente. ¿De qu6 se trata?

Yngvar tom6 la copa de ella y se la llev6 a los labios con un impulso tal que cuando la baj6 tenía el bigote rojo. Entonces se rehizo, ech6 una mirada al reloj y corri6 hacia la cocina. Inger Johanne pudo oír que escupía en el fregadero.

—Es posible que mañana necesite estar en condiciones de conducir —dijo al regresar, sec6ndose los labios con el brazo—. En todo caso, debería poder pensar con claridad.

—Tú siempre piensas con claridad.

Sonri6 y se sent6 con pesadez al lado de su mujer. La mesa estaba todavía cubierta de papel de regalo, vasos, tazas de caf6

y botellas. Con un cuidado que nadie hubiese sospechado en un hombre de ese tamaño, recogió los pies y cruzó las piernas.

—Eva Karin Lysgaard —dijo, y bebió un sorbo de una botella de Farris que había cogido de la cocina—. Está muerta.

—¿Eva Karin Lysgaard? ¿La obispo? ¿La obispo Lysgaard? Él asintió con la cabeza.

—¿Cómo? Quiero decir, si te llaman, ha de tratarse de un crimen. ¿La mataron? ¿Han matado a la obispo Lysgaard? ¿Cómo? ¿Y cuándo?

Yngvar bebió un poco más y se restregó la cara como si eso lo fuese a poner más sobrio.

—Sé muy poco. Todo debe de haber pasado hace solamente... —Echó una mirada rápida al reloj—. Hace poco más de dos horas. La mataron de una cuchillada, es todo lo que sé. Bueno, tampoco sé si la mataron con un cuchillo, pero por ahora parece que la causa de la muerte fue una cuchillada profunda cerca del corazón. Además, sucedió en la calle. Fuera. No sé mucho más. Normalmente la Policía de Hordaland no nos pediría apoyo táctico en un caso como éste, por lo menos no tan de inmediato. Pero esto va a... Bueno. De todas maneras, Sigmund Berli y yo iremos allí mañana por la mañana.

Inger Johanne se enderezó y dejó la copa. Un instante después la alejó con resolución, empujándola hacia el centro de la mesa.

—Joder. —Eso fue lo único que atinó a decir.

Se quedaron sentados en silencio. Inger Johanne sintió un golpe de frío y se le puso la piel de gallina. Eva Karin Lysgaard. La destacada y gentil obispo de Bjørgvin. Asesinada. En Nochebuena. Inger Johanne trató de completar una sucesión de pensamientos, pero el cerebro parecía vacío.

El sábado pasado, el mismo día en que celebraran esa condenada boda, el *Magasinet* publicó una semblanza a cuatro páginas sobre la obispo Lysgaard. Inger Johanne no tuvo tiempo de leer los periódicos ese día, pero cuando vio el titular de portada compró el *Dagbladet* para guardar el artículo y poder mirarlo después. Nunca llegó a leerlo.

De pronto se estiró sobre el brazo del sofá y buscó en la cesta de los periódicos.

—Aquí —dijo, y puso el *Magasinet* sobre las rodillas—. «Obispo sin látigo.»

Yngvar la rodeó con el brazo. Al mismo tiempo se inclinó sobre la revista. La imagen era el retrato de una mujer madura. Los ojos tenían forma de almendras inclinadas. Hacían que pareciese triste, aun cuando sonreía. Los iris eran de un marrón oscuro, casi negros, y tenía grandes cejas oscuras y pestañas que parecían anormalmente largas, a pesar de las arrugas que rodeaban los ojos.

—Una mujer bastante buena moza —murmuró Yngvar con ganas de leer el artículo.

—No bien parecida, precisamente. Especial. Singular. Parece realmente tan amable como era en... vida.

Inger Johanne miraba y miraba. Yngvar lanzó un bostezo largo.

—Perdóname —se disculpó, y sacudió la cabeza—. He de dormir mientras pueda. Deberíamos ordenar esto antes de acostarnos, ¿no?, si no tendrás que hacerlo todo tú mañana por la mañana, y eso...

—En la calle —dijo Inger Johanne—. ¿Has dicho que la mataron en la calle? ¿En Nochebuena?

—Sí. Como por milagro, una patrulla de la Policía la encontró. Una de las pocas que circulaba esta noche. Estaba ahí, en plena calle. En realidad, tenemos una gran ventaja. Por una vez parece que la prensa no se ha enterado del asesinato antes de que transcurriesen dos minutos. Mañana tampoco saldrán los periódicos.

—Las páginas de noticias de Internet no son malas —murmuró Inger Johanne, con la mirada todavía clavada en el retrato de la obispo de Bjørgvin—. Son peores, de hecho. Además está la radio. En un caso como éste no importa que, en principio, todos estén de vacaciones. Pero ¿por qué debes ir? ¿No es la Policía de Bergen absolutamente competente para manejar un caso así?

Yngvar sonrió.

Kripos ya no era realmente lo que había sido una vez. De ser una especie de grupo de elite formado hacía ya casi cincuenta años por investigadores que se agruparon bajo el popular

nombre de Comisión de Homicidios, el Departamento Policial de Homicidios había evolucionado hasta ser una gran organización con máximas competencias en las áreas de investigación táctica y, en especial, técnica. La organización recibía cada vez más tareas y también trabajos de mayor envergadura, tanto en el país como en el exterior. Para el público, y hasta el fin del milenio, era más visible como un órgano de apoyo para la Policía común en casos importantes. En especial en homicidios. Pero así como los tiempos cambian, también lo hace la criminalidad. En 2005, Kripos fue en realidad desmantelado, para renacer como la Unidad Nacional para la Lucha contra el Crimen Organizado y Otros Crímenes Importantes (Kripos). La abreviatura noruega correspondiente hubiese sido DNEFBAO-OAAKK. Las protestas en contra del nuevo nombre fueron violentas e hicieron algo más que sugerir que sonaba como la desagradable onomatopeya de un vómito. Ganaron los empleados, y Kripos pudo alegrarse de llegar a su quincuagésimo aniversario en febrero de 2009 ostentando su antigua y eufónica denominación.

44

Sin embargo, las tareas fueron y eran distintas, de acuerdo con el nombre descartado.

Las unidades de Policía se hicieron más grandes, más poderosas y mucho más competentes. La gran paradoja en la lucha contra el crimen era que cuanto mayor y más profesional era el crimen, mayor y más efectiva era la Policía. Gradualmente, a medida que llegaban más y más casos de homicidio a las pequeñas comisarias, éstas se hicieron más competentes. Se las arreglaban solas. Por lo menos en lo relativo a la parte táctica de las investigaciones.

Yngvar acercó los labios al oído de Inger Johanne.

—Pero es que yo soy tan bueno, ¿sabes?

Ella sonrió, muy a su pesar.

—Y por otro lado, va a traer un revuelo mayúsculo —agregó él, y bostezó—. Apuesto a que están preocupados. Y si me quieren con ellos, pues me tendrán.

Se puso de pie y recorrió el cuarto con una mirada de desánimo.

—¿Arreglamos lo peor?

Inger Johanne sacudió la cabeza.

—¿Qué estaría haciendo en la calle? —preguntó despacio.

—¿Qué?

—¿Qué ha salido a hacer, tarde y en Nochebuena?

—Ni idea. Estaría de camino a casa de un amigo, quizá.

—Pero...

—Inger Johanne. Es tarde. No sé casi nada acerca de este caso, aparte de que debo prepararme para viajar a Bergen muy temprano..., mañana por la mañana. No tiene ningún sentido especular con la escasa información que tenemos. Eso lo sabes bien. Recojamos todo esto o vayámonos a dormir.

—A dormir —dijo Inger Johanne poniéndose de pie.

Pasó por la cocina, tomó una botella de Farris y decidió llevarse el *Magasinet* a la cama. Mañana tomaría las cosas como viniesen.

—¿Pasa algo? —preguntó de pronto Yngvar, al verla de pie en el centro del cuarto sin decidir adónde ir.

—No..., sólo que me siento tan... triste.

Levantó la vista, apesadumbrada.

—Por supuesto que uno se entristece —dijo Yngvar, y levantó la mano para acariciarle una mejilla.

—No. No está bien. Me altera... No debo dejarme alterar por estos casos tuyos. Pero la obispo, siempre me pareció tan... buena.

Yngvar sonrió y la besó con delicadeza.

—Si hay algo que tú y yo sabemos —dijo tomándola de la mano—, es que también matan a los buenos. Ven.

Se pasó la noche en vela. Cuando amaneció, Inger Johanne había leído ya tantas veces el artículo sobre la obispo Eva Karin Lysgaard que se lo sabía de memoria.

Pero eso no la ayudó en lo más mínimo.

Un hombre

Nada ayudaba.

Nada podría ayudar nunca. Evidentemente, se habían propuesto visitarlo. Como si ellos fueran lo que él precisaba. Como si por un instante la vida pudiese ser otra vez soportable sólo porque esos extraños se sentaban en su casa, en su sillón; ese sillón amarillo, gastado, colocado en diagonal frente al televisor y con una labor de punto dentro de un cesto trenzado, a su lado.

Le preguntaron si tenía a alguien.

46

Una vez tuvo a alguien. Hasta hacía unas horas tenía a Eva Karin. Durante toda una vida tuvo a Eva Karin, y ahora no tenía a nadie.

Le recordaron a su hijo. Preguntaron sobre su hijo. Sobre si quería avisar él mismo a Lukas, o si prefería que ellos se hicieran cargo del asunto. Así se lo había preguntado la mujer que estaba sentada en el sillón de Eva Karin: «se hicieran cargo del asunto». Como si aquello fuese un asunto. Como si hubiese algo más de lo que hacerse cargo.

No sentía dolor.

Dolor era algo que hacía sufrir. El dolor dolía. Todo lo que podía sentir ahora era una ausencia de existencia. Un espacio vacío que lo hacía mirarse las manos como si fuesen de otro. Cerró el puño derecho con tanta fuerza que las uñas se le hundieron en la palma. No sentía ni dolor ni vida, sólo sentía una nada grande e incolora en la que Eva Karin ya no estaba.

Ahora entendió que hasta Dios lo había abandonado.

El tiempo había dejado de transcurrir.